

REALIDAD Y FICCIÓN EN LA MODERNA NOVELA HISTÓRICA: *EL SUEÑO DE ALEJANDRÍA* DE TERCENCI MOIX

ALICIA GARCÍA GARCÍA
Universidad de La Laguna

SUMMARY

This article attempts to show that Terenci Moix's El sueño de Alejandría is an historical novel studying the characteristics of this literary genre and through the analysis of historical information contained in this novel.

La sentencia aristotélica: Προαιρείσθαι τε δεῖ ἀδύνατα εἰκότα μᾶλλον ἢ δυνατὰ ἀπίθανα («Se debe preferir lo imposible verosímil a lo posible increíble»)¹ puede hacerse extensible al novelista, que goza de libertad poética mientras conserve la verosimilitud. En palabras del profesor Carlos García Gual², la novela histórica es un producto literario, no un subproducto de la investigación histórica³, cuyo propósito radica en evocar una etapa especialmente significativa de la historia con la sugerencia al lector a que dé un vistazo al mundo pasado con la esperanza, no de hallar la objetividad de la historiografía, sino la subjetividad y fantasía.

¹ Cf. *Poética de Aristóteles*, 1460 a. (ed. de V. García Yebra), Madrid, 1974, pp. 222-223.

² GARCÍA GUAL, C., *La Antigüedad novelada*, Barcelona, 1995, p. 269.

³ *Op. cit.*, p. 14.

En sus inicios, la narración histórica y la novelesca se diferenciaban claramente tanto por su función e intención como por el público que la demandaba. Para García Gual⁴ son géneros diferentes, como lo son las pretensiones de sus autores. La narración histórica se centra en la investigación del pasado con sus documentos, mientras que la novelesca efectúa una recreación del mismo mediante la fantasía. Para una, su objeto de estudio es la *alétheia* «la verdad», para otra, *el plasma* «la fantasía» o incluso *pseudos* «la mentira». Es una ficción implantada en un marco histórico con la pretensión de recrear una atmósfera pretérita y la invitación al lector a aproximarse a los hechos y personajes de forma más libre que el relato histórico, que, en ocasiones, bajo la perspectiva del novelista, resulta pobre para evocar la realidad⁵.

El novelista y el historiador divergen en que el primero se ciñe a unos documentos para tratar de plasmar los hechos tal y como fueron, mientras que el segundo goza, como hemos mencionado, de amplia libertad para mezclar ficción e historia e inventar personajes y hechos⁶.

A pesar de que el género de la novela histórica es evidentemente un género moderno, hay que remontarse a la Antigüedad tardía, s. I d.C., para una aproximación a los orígenes de la misma, ya que la primera novela griega conocida, *Quéreas y Calírore*, ofrece el precedente del relato que designamos de esta manera. Pueden incluirse, además, en esta concepción de la recreación novelesca otros dos textos de la literatura griega tardía, s. III d.C.: la *Vida de Alejandro de Macedonia* y la *Vida de Apolonio de Tiana*⁷.

Para los filólogos clásicos, estas novelas antiguas poseen ciertos rasgos propios del relato histórico, tales como la narración en prosa, desarrollado por sus protagonistas en unas coordenadas de tiempo y espacio. La única diferencia que media entre estos textos y los historiográficos de la época es la contraposición ficción-realidad, y así como que comparten la forma narrativa, las descripciones, diálogos y retratos, entre otros elementos⁸. No obstante, «novela histórica», *stricto sensu*, es una etiqueta que la crítica suele adjudicar a las ficciones románticas o

⁴ *Op. cit.*, pp. 261-262.

⁵ *Op. cit.*, pp. 262-263.

⁶ *Op. cit.*, p. 18.

⁷ *Op. cit.*, pp. 16-17.

⁸ MONTERO CARTELLE, E.-HERRERO INGELMO, M^a C., *De Virgilio a Umberto Eco. La novela histórica contemporánea*, Madrid, 1994, p. IX-X.

realistas surgidas bajo el influjo de Walter Scott a inicios del siglo XIX, momento en el que se gesta una línea de pensamiento que enfoca el pasado como una época distinta a la que nos liga y diferencia el progreso⁹. La confluencia de aspectos como las ansias de volver al pasado y la veneración por la arqueología e historia clarifica el gran auge que experimentó este tipo de prosa decimonónica. La novela histórica, por otra parte, no persigue exclusivamente la evocación histórica del pasado ni su pura reconstrucción, tareas propias de la investigación histórica, sino que une la ficción narrativa, la subjetividad, a ese material propio del dominio de la objetividad¹⁰.

En cuanto a los temas de la novela histórica destacan el gusto, bien por las grandes figuras imperiales o cristianas, bien por personajes secundarios o de momentos de la Antigüedad innotos. Asimismo, se suelen elegir momentos críticos de un pasado lejano, tales como el paso de la República al Imperio o la dinastía Julio-Claudia hasta Nerón; en síntesis, épocas queridas o atrayentes para el público demandante de este tipo de literatura.

La técnica narrativa de este tipo de texto oscila entre la narración en primera persona (narrador omnisciente) y la narración en primera persona en forma de diario, autobiografías, memorias o manuscritos de allegados al personaje en cuestión, pasando por la técnica de los anales y epístolas, entre otras¹¹. Pero no se detiene aquí la teorización sobre la naturaleza de la novela histórica actual y podemos encontrar subtipos como: novela biográfica, religioso-filosófica, literaria, ideológica, cristiana, pedagógica y policíaca¹².

Habida cuenta de que los géneros literarios actuales ofrecen una tendencia general hacia la ambigüedad, es explicable la invasión recíproca entre historia y novela, lo cual conduce al lector a una continua perplejidad en aquellos momentos en que desconoce si los datos son reales o ficticios, y donde radica el temor principal de los autores de novelas históricas: el anacronismo mental o cultural¹³.

La reconstrucción de los hechos puede ser fantástica, con una ficción altamente sugestiva o puramente real, en la línea de la investigación his-

⁹ GARCÍA GUAL, C. *op. cit.*, p. 15.

¹⁰ MONTERO CARTELLE, E.-HERRERO INGELMO, M^a C., *op. cit.*, p. 22.

¹¹ MONTERO CARTELLE, E.-HERRERO INGELMO, M^a C., *op. cit.*, p. 16.

¹² *Op. cit.*, pp. 41-42.

¹³ *Op. cit.*, p. 25.

tórica y de la arqueología literaria, mediando entre ambas un amplio abanico de posibilidades, aunque toda la enriquecedora configuración de variaciones y matices, en el fondo y en la forma, de este mal llamado subgénero literario, aunada al desinterés, agotamiento de la realidad y cotidianidad en lo literario, explican el gran auge de la novela histórica en la actualidad como caleidoscopio de la historia.

La fascinación y atracción de Egipto remonta a los inicios de la historia. Su cultura milenaria, religión, exotismo y misterio ejercen un poderoso influjo en quienes se acercan con admiración a la tierra del Nilo, ya mitificada desde los griegos. No obstante, de forma paralela a los griegos, creadores del invento, buena parte de los que se han aproximado a Egipto han desechado la realidad del país, para así ver cumplidas sus ansias y deseos particularistas, que se encuentran fuera de la órbita de la mentalidad y cultura egipcia¹⁴.

No podemos menos que apreciar esta tendencia en ciertos momentos de la obra de Terenci Moix, *El sueño de Alejandría*, que analizaremos en breve, especialmente si se tienen en cuenta algunas afirmaciones del propio autor sobre su relación con Egipto.

Una aproximación a este brillante escritor catalán no deja de causar admiración, tanto por su trayectoria literaria como por el cúmulo de premios reunidos en su palmarés: el primigenio *Premi Víctor Catalá*, el Planeta o, más recientemente, el Premio Letra de Oro, entre otros. Nos encontramos ante un autodidacta paradigmático, un espíritu insaciable de cultura, del que en este proceso de fagocitosis cultural se infiere un torrente de referencias históricas y literarias, sintetizado con tal maestría, que en modo alguno se le podría tachar de pedante. Su pasión por la arqueología e historia antiguas, reforzada durante su estancia en Roma, se palpa en cada página de obras como *No digas que fue un sueño*, *La herida de la esfinge*, *Terenci del Nilo* y *El sueño de Alejandría*, entre otras, y, sin lugar a dudas, refleja su aventajado aprendizaje de las formas clásicas.

El sueño de Alejandría, como los títulos arriba citados, se enmarca en la fascinación ejercida por Egipto sobre Terenci a través de sus múltiples lecturas, inspiradas en cierto romanticismo decimonónico, hastiado de la sociedad circundante. Son sus *sueños egipcios*¹⁵, quizá, un

¹⁴ GÓMEZ ESPELOSÍN, F. J.-PÉREZ LARGACHA, A., *Egiptomanía*, Madrid, 1997, p. 8.

¹⁵ MOIX, T., *Terenci del Nilo*, Barcelona, 1990, p. 7.

recurso desesperado que brota en medio de la esterilidad hodierna. Su idea de Egipto deriva de una serie de impresiones configuradas durante quince años en que devoraba, en pleno autodidactismo, un *maremagnum* bibliográfico y cultural referido al país del Nilo.

Su concepción de Alejandría, en una aproximación mayor al tema de nuestra novela, es la de una ciudad forastera, en la encrucijada de dos mundos, insólita, meteca, en nada egipcia, *vómito histórico del Mediterráneo*. Alejandría es *la del gran sueño literario, la del gran refugio clásico, la fascinación del híbrido*¹⁶. Todas estas características explican el título de la novela, *El sueño de Alejandría*, pues esta urbe situada a orillas del Mediterráneo marca la vida de algunos de sus protagonistas, ya que para unos simboliza unas ansias de libertad y feracidad, mientras que para otros personifica la pesadilla del recuerdo de un aciago pasado.

Otro importante marco geográfico norteafricano en el desarrollo de la novela serán las tierras del Atlas Medio y la ciudad imperial de Volubilis. La serie de tres artículos publicados por nuestro autor en *El País*, el 28-29-30 de agosto de 1985, con el título *Terenci del Atlas*, fragmentos de su diario personal, realizado con motivo de su aventura viajera y espiritual por tierras magrebíes, ilustra el embrujo que el abrupto paisaje bereber debió ejercer en este escritor y probablemente inspiró los pasajes descriptivos del entorno de la *regia* veraniega del monarca Juba II de Mauritania.

Sostiene Moix que no pretende historiar, aunque en ocasiones tome de la historia algunos de sus trazos. Así, a pesar de que Enrique Montero y M^a Cruz Herrero¹⁷ estimen que la injustamente por ellos designada «temática exótica» de la novela *No digas que fue un sueño* sólo supone para Moix un motivo de inspiración literaria, sin ninguna preocupación histórica, aseveración que por los argumentos esgrimidos podría hacerse extensible a *El sueño de Alejandría*, no podemos menos que exponer nuestro desacuerdo. Desacuerdo nacido tras una lectura atenta de la novela que en estas páginas estudiamos y, en concreto, de las vidas de dos personajes históricos poco conocidos, el rey Juba II de Mauritania y su esposa, la princesa egipcia Cleopatra Selene, hija de Marco Antonio y Cleopatra.

¹⁶ *Op. cit.*, pp. 375-376.

¹⁷ MONTERO CARTELLE, E.-HERRERO INGELMO, M^a C., *op. cit.*, p. 86.

Bien es cierto que los destinos de la pareja real mauritana sirven a Terenci para esbozar un retrato de los sucesos acaecidos tras la caída de Alejandría el 30 a.C., de la vida en la Roma de Octavio Augusto y de la romanizada corte norteafricana, todo ello, teñido de pasajes imaginados y novelescos como la impronta dejada en sus vidas por un ficticio y humilde jardinero griego, que alcanza el éxito, no la felicidad, como poeta y dramaturgo, y que dará sentido a su vida en la soñada ciudad de Alejandría.

No obstante, múltiples son los pasajes documentados rigurosamente en obras capitales para el estudio de la historia antigua del Norte de África como *Le Maroc Antique* de Carcopino o *L'Afrique du Nord* de S. Gsell (más exactamente: *Histoire Ancienne de L'Afrique du Nord*), como aquellos en que es palpable el soporte histórico y filológico de las fuentes literarias, como Dion Casio, Suetonio y Plutarco, para la vida de Juba II, Cleopatra Selene y familia imperial romana, o Claudio Eliano y Plinio, entre otros, para la obra y reinado de Juba II. Todo ello, aunado a los datos documentados rigurosa y concienzudamente por parte de Terenci Moix, que acto seguido analizaremos, nos llevan a recapacitar sobre lo apropiado de aseveraciones tales como que esta novela se caracteriza por ser una pura ficción literaria.

En lo que se refiere al atrayente y erudito personaje histórico de Juba II, esta novela ofrece un considerable número de datos históricos, que presentan a un joven príncipe de origen bereber, hijo del derrotado Juba I, llegado a Roma junto a Vercigentórix, Farnaces y Arsinoé, como cautivo en la ceremonia triunfal de César el 40 a.C. Una vez allí, el caudillo romano lo toma bajo su protección y lo educa junto a los más escogidos jóvenes de la aristocracia romana, entre los que figuraba Octavio, quince años mayor que Juba. Desaparecido Julio César, pasa al amparo de su heredero Octavio, que fomenta su romanización, y toma la toga romana, habla el latín, aunque es un acérrimo defensor de la primacía de la cultura y lengua griega, y goza de una amplia fama en los círculos literarios de Roma. Tras acompañar a Octavio a Hispania, con motivo de la campaña militar contra los cántabros, junto a Marcelo y Tiberio, se granjea el reconocimiento del gobernante que rige en ese momento el destino de Roma, quien ve oportuna la posibilidad de restaurar el trono mauritano mediante un rey cliente. Así, el 25 a.C. se inicia su reinado sobre los territorios que en época de Claudio se denominarán *Mauritania Tingitana* y *Mauritania Caesariense*, junto a su esposa Cleopatra Selene (matrimonio concertado en Roma por Octavio y su hermana Octavia).

No será éste un reinado exento de avatares, ya que las continuas y violentas rebeliones gétulas comprometerán seriamente la seguridad de su hegemonía, aunque no por ello Juba descuidó su prolífera labor de recopilación y elaboración científico-histórico-literaria en los dos centros neurálgicos de sus dominios: Volubilis y Cesarea. Por ello, los observadores romanos sostenían que «en la corte de Juba II había más talento que coraje en sus ejércitos»¹⁸.

Vivió Juba preocupado por hacer de su corte un mundo cultural de carácter helenístico, por el que pululaban muy importantes sabios, escritores, gramáticos, filósofos, geómetras, naturalistas, geógrafos, artistas e incluso médicos. En este erudito ambiente gesta el monarca mauritano sus tratados de historia natural, geografía, botánica, zoología, mineralogía, gramática e historia, de algunos de los cuales no hay constancia por nuestra parte: amores de delfines y náyades, elefantes enamorados de la esposa de su dueño, historia de amor entre una loba y un cabrero, etc. Incluso llegó a remontar el linaje de su estirpe hasta el héroe griego Heracles.

Gozó Juba II de cierto reconocimiento entre sus contemporáneos, de modo que los griegos erigieron en su honor una estatua en el gimnasio del ágora de Atenas en agradecimiento por haber convertido Cesarea en una réplica de los jardines platónicos, así como por su veneración a la cultura griega, y los habitantes de Gades le otorgan el nombramiento honorífico de *dunviro*.

Sobre este sustrato histórico se recrea T. Moix en ciertos pasajes, con la introducción de reflexiones de Juba II sobre acontecimientos y episodios de su vida y de quienes le rodean, así como con algunos datos que tienen la engañosa apariencia de históricos.

El personaje egipcio-romano de Cleopatra Selene recibe un tratamiento similar al de Juba II. Presenta T. Moix a la niña reina de la Cirenaica, a pesar de que no apunta que también lo fue de Libia y de otras regiones adyacentes del Norte de África, en el momento de su llegada a Roma, junto a su hermano gemelo, Alejandro Helios, como trofeos en la ceremonia triunfal de César Octaviano del 29 a.C., tras la Guerra de Alejandría.

La descripción de la pompa y boato romano está muy bien documentada, a pesar de la intercalación de pasajes en que Moix se recrea

¹⁸ MOIX, T., *El sueño de Alejandría*, Barcelona, p. 248.

en el sentimiento de humillación sufrido por los príncipes desheredados y en el morbo latente entre los romanos ante los despojos de la vencida Cleopatra VII, cuya figura en esos momentos comenzaba a adquirir el cariz de leyenda.

Octavia acogió en su casa a los pequeños egipcios, dos años mayores de lo que apunta la novela, donde adquieren la educación romana a la usanza junto a personajes históricos como las dos Antonias, hijas de Marco Antonio y Octavia. Se refiere, Moix, someramente a la estancia de los huérfanos en la mansión de esta última, donde inexplicablemente fallece, tras dos años de estancia, el pequeño Alejandro Helios, hecho que pasó inadvertido a la historia, como también había ocurrido con Ptolomeo Filadelfo, el hermano de más corta edad, tras la muerte de sus padres en Alejandría. Transcurren algunos años y Selene, una vez alcanzada la adolescencia, prometida en matrimonio a Juba II con anterioridad, contrae matrimonio el 25 a.C. y se desplaza junto a su esposo a Mauritania para asumir el trono real.

Las recreaciones psicológicas con el personaje de Selene superan incluso a las de Juba. Se nos presenta como una joven de aguerrido carácter, que lleva estigmatizada su alma por la humillación sufrida a su llegada a Roma y por la conciencia del desprecio de la sociedad hacia sus progenitores. A juicio de nuestro autor, esto no consiguió doblegar su fortísima personalidad, consciente en todo momento de que la versión oficiosa sobre la caída de su patria distaba mucho de la realidad, y su modo de comportamiento evidenciaba una concepción del reino de procedencia de su futuro esposo, la Numidia, como un país menos civilizado y antiguo que su añorado Egipto. A todo ello, se sumaba la continuidad de su rancio linaje, cosa que no podía alegar romano alguno.

Esta fortaleza se quiebra en múltiples episodios de su vida en Mauritania con la presencia de su hipotético hermano bastardo Alceo, pues experimenta un terror irracional ante un trágico final de su descendencia y reniega, en cierta manera, del desdichado recuerdo de su madre, camuflándose bajo la imitación de la noble Octavia. La historia de la pareja reinante en Mauritania se halla enmarcada en una serie de datos históricos evidentes, ya que T. Moix, buen conocedor de la cultura romana y egipcia, no descuidó los detalles.

La vida de la familia imperial sigue, en cierta manera, los retratos que los historiadores nos han dejado, especialmente, de las intrigas palaciegas. También, destaca el énfasis puesto en la amistad de Octavio, Mecenas, financiador de los literatos que siguen las directrices de

Octavio y Agripa, quienes mueven los hilos del poder en Roma. Un ejemplo de ello, presentado en el libro, es la exitosa estrategia seguida por Octavio ante el Senado para concentrar el mayor poder posible en su persona, la cual fructifica y le proporciona el título de *imperator* y de *augustus*, además de lo cual, el mes *sextilis* recibe en su honor su nombre.

Finalmente, se nos presenta una breve historia del reino de Numidia desde los monarcas Boco y Bogud y se informa del gran interés económico de Roma por esta zona, abastecedora de materias primas y productos suntuarios a la *Urbs*.

En síntesis, de todo lo expuesto se puede deducir que *El sueño de Alejandría* de Terenci Moix es una novela, por su composición, elementos ficticios y psicología de los personajes, pero ante todo es una novela histórica por su fidelidad a los hechos, rigor documental y manejo de los datos y de las fuentes, que a cualquier conocedor del tema en cuestión no pasa desapercibido. La esencia del género literario aquí analizado no radica en aportar nuevos datos a la investigación histórica, tarea ya efectuada de forma sobrada por la ciencia histórica, sino que pretende entretener al lector que lo demanda y gusta de él, quien, por otra parte, ya sabe, previamente, ante qué tipo de material se va a enfrentar. No debemos, pues, exigir rigor científico a la novela histórica, ya que ésta es, en realidad, una composición literaria divulgativa de hechos documentados, lo cual ilustra con maestría T. Moix en la obra objeto de análisis en estas páginas. Por ello, concluimos, no se puede tachar a la ligera de mera recreación literaria de un tema histórico, catalogado, además, de propio de una «temática exótica», a aquellas obras que entran en la clasificación de «novelas históricas», puesto que una mera profundización en sus páginas puede mostrar, como en este caso, una seria y exhaustiva labor de documentación, atractiva para el lector por la poeticidad con la que se le ha dado forma.

